

ENSAYO

IMAGEN, OBJETO, PALABRA Y OTROS JUICIOS SOBRE "LOS PECES" DE SERGIO FERNANDEZ

M. E. Beatriz de la Selva Pérez / Filosofía y Letras

La concepción de esta novela bien podría haber sido dentro de una pecera en donde se conjugaran todos los reflejos del mundo exterior, pero su espacio es muchísimo más amplio, se aísla a las constelaciones, se resuelve una parte del tiempo, el cinturón zodiacal, con un lapso tempo-espacial, donde la cuarta dimensión tiempo, espacio, lugar y movimiento se alcanza. Proyectada a las cuatro dimensiones, desde las primeras páginas, adquiere vida propia, se convierte en mujer, la misma que en un proceso de reversión es la novela; encontramos así que la estructura novelística de *Los peces*, no corresponde a la de las tradicionales novelas, en cuanto a su principio y fin, a su trama y desenlace, no es ni siquiera una malla tejida en donde todos los hilos de la historia se entrecruzan como en Proust, donde también el tiempo transcurre vertical e inexorablemente; la estructura aparentemente trazada en planos temporales, no lo es en realidad; lo mismo acontece en la aparente imagen circular apuntalada no sólo por los personajes en su continuo ir y volver en sí mismos, sino también por el movimiento circular de los lugares a los que invariablemente se regresa; este juego literario, es tan sólo un juego de reflejos. La estructura de la novela que pretendemos analizar es una estructura abierta, abierta en cuatro dimensiones, de allí la necesidad de una base flotante: la síntesis de la novela con que da principio; así Sergio Fernández al partir de una isla, le dio tan sólo el punto de apoyo a la proyección literaria de su novela; por eso desde el último renglón dicha síntesis está condenada a desaparecer.

“Pero de ser sincero, añado que la historia que se narra páginas adentro no es, no, la que acabo de sintetizar.” ¿Qué necesidad entonces tendría esta síntesis? Divorciada de la novela, cobra vida y “. . . se narra . . .”; se narra desde todos los ángulos, desde todo borde, fluctuando entre los espacios, niveles que flotan, en el agua no hay niveles, tan sólo un ritmo natural, con el que la novela “emerge”. La novela mujer se mueve en todas las dimensiones psíquicas, sin memoria, es todas las mujeres que disfrutaron eróticamente el placer, desde las hijas del Cid. . . pero rara vez pierde la conciencia de que es una novela, más como mujer es vana y coqueta, vacilante:

“Todos me ven y valoran el peso de mi libertad. No sé, sin embargo, hasta qué punto resultó una comedia malograda, o un tema conocido. Contrario e inseparable de la insistencia que lo inspira” (p. 31).

“Luego se hace el silencio porque al yo redactor uso de epilatorios con aguas de colores y con peces” (p. 67).



“Tanto me aletargo, que tanto me quiero y me persigo, redacto las palabras que me hacen ser la esposa de dos hombres iguales a la vez” (p. 87).

Esta mujer pierde la memoria, no sabe ya qué mujer exactamente es, se desliza como un pez con indecible rapidez entre toda clase “de aguas de colores”, profundiza en hechos que le son ajenos, no obstante no cobra conciencia con ello, ama a todos los hombres o por lo menos cree amarlos, se considera amada, pero se sabe insatisfecha; por un acto mágico más rápido que la luz se crea y se transforma ya en pez, ya en novela, ya en mujer, sin darse cuenta algunas veces describe teoría sobre sí misma:

“Es relativamente fácil perseguir el relato ya que un sacerdote se ha vuelto pasajero al ver a la mujer cuando en el mar ella le prende al bozo labios y estos dedos que se escriben porque son aberrados pues no hay pena, ni temblores oscuros al llorar. . .” (p. 105).

Creemos que el personaje de la novela, la novela misma, la misma mujer, la mujer que se adivina novela, la novela que interpreta a una mujer pez, sin historia, sin memoria antigua, sólo la presente, que se cree amada, pero incapaz de amar y casi convincente en el sentido erótico, pero que nos conmueve más aún por su trazo inmaterial, por su sexo abstracto, de sangre fría como los peces; nos da a través del instante toda la textura material necesaria para percibir el coito en todo su calor y el sudor agrio del sexo del medio día en el cual sólo estuvo presente.

“Mientras al escribir me convierto en palabras que no tienen contorno y que me modifican sin comprensión. . .

“Respiro luego en cuatro tiempos y me doy cuenta de una historia que al no pertenecerme por entero me mutila.

“Si los sumo dan dos: uno baja hacia el mar, otro remonta el río y así la carta que se juega es por contradictoria una mujer de alcurnia que se empeña en soñar.” (P. 162.)

El soñar de esta mujer “de alcurnia”, dice Sergio Fernández, la convierte a ella misma en una cándida, pero esta actitud evasiva lo es también liberadora, por esto mismo, ella, la mujer, está a salvo pues solamente persigue los signos; las palabras le pertenecen, se multiplican en prosa y se entrega al sueño.

El sueño es sencillo, un sacerdote, cientos de ellos, inclusive novicios, diferentes, cada uno de ellos con la misma sotana, son un amante distinto.

El personaje mujer se vuelve lenguaje; como ya habíamos notado la mujer se muestra lúbrica, erótica, lúdica, el lenguaje también sigue este movimiento rítmico con el juego estético perfecto: lenguaje lúdico, erótico. . .

Huizinga dice: “Los elementos de la literatura deberían interpretarse como funciones lúdicas.”

En este personaje-mujer los planos se confunden, se amalgaman, el coito



con sus diversos amantes, el sacerdote y sus amantes, se alarga más allá del tiempo y del lugar, hace un recorrido real y metafórico para encontrarse en una profundidad oscura, donde se pierde el amor. La cópula o multitud de ellas se ensancha dando cabida a infinidad de movimientos extrametafóricos produciendo una erótica indescriptible del lenguaje. . . “vírgenes que remiendan manos de solterona ¡Ay de la dirección! ¡Ay del pronombre cuando al ser posesivo se enamora!” (P. 101.)

El lenguaje se desliza, como jugando con metáforas que de ser tan refinadas, dejan de ser eróticas, para quedar imaginadas en el lector. . . . Gabriel que nos escucha, se detiene en las emes, se extenua y deliciosamente se entrega” (p. 33).

El erotismo de la novela utiliza toda clase de imágenes, recorre toda suerte de lugares, en el foro romano gira como una constelación, recorre los signos del zodiaco, cumple una función literaria, apareado con el lenguaje viola la sintaxis, la obliga, fustiga la puntuación, alcanzando la importancia máxima, como en una búsqueda amorosa. Sergio Fernández se enfrenta al problema de nuestra época actual: explotar todas las posibilidades de un lenguaje dado, el estudio experimental de los límites del lenguaje o la introducción de un nuevo orden en la lectura, como lo intentaron Mallarmé, Apollinaire Butor, Sartre.

Su autor vence este problema; en él el lenguaje es rápido, a veces enigmático, pero expresado con exactitud matemática dentro de esa rítmica erótica, que hacen de su literatura la estética del amor. ¿Cómo lo logra? A través del lenguaje, utilizando alegorías, alegoría tras alegoría, como una estratificación: con infinidad de trazos sintácticos en los que intervienen los colores sacros como son el rojo, el amarillo, el blanco y el negro. El azul es el ambiente natural de los peces. Los números, especialmente el tres, son exactamente la matemática amorosa, simboliza la suma de dos, los dos amantes, el tercero la unidad que juntos forman, pero en Sergio Fernández esa tercera unidad es femenina: la soledad del individuo en el sexo; se está solo en el coito, se sigue siendo identidad aislada. . . se busca una destrucción doble.

“Si los sumo dan dos: uno baja hacia el mar, otro remonta el río y así la carta que se juega es por contradictoria una mujer. . .” (p. 162.)

El tiempo en *Los peces* no avanza físicamente, ella va del hotel al foro, a una fuente, al hotel y regresa, es casi estática, pero a la vez fugaz. He aquí el aspecto trágico del personaje pues no tiene verdadera libertad, sus movimientos físicos son lentos, está atrapada. Sergio Fernández se deja robar *efectividad objetual*, se pierden las horas, los días, el tiempo físico del personaje, el efectivo: se disuelve en la nada, pero sólo así el personaje puede renacer a cada momento, a cada instante, “el instante es más fuerte que yo, más elocuente y desembarazado” (p. 113).



“Ser un instante.” Sergio Fernández en sus anteriores novelas había venido persiguiendo esta perfección dieciochesca de “atrapar” el tiempo, no ya en octosílabos como Sor Juana, si bien en tono inovador, si no la poesía de un instante, sí la novela de un instante. He aquí, inclusive la razón del tema, el ser de la historia narrada: sólo en el encuentro del amor, sólo en el coito podría detenerse un instante; el autor multiplica este único y verdadero instante, hasta volverlo nada, sólo eso: un sueño.

A través de infinidad de imágenes eróticas, que retardan y aceleran el clímax, recreándose en la descripción de ciertos ángulos del ambiente encontramos cierto paralelismo en la “recreación” de la descripción con A. Robbe Grillet, quien se extasía en la descripción objetal.

Se observa en toda la novela descripción de sensaciones eróticas, imágenes concupiscentes y peces en todos sus renglones.

Así el tiempo como lógico no existe, es atrapado en un instante, no es junio, ni mayo, ni agosto, es un instante que no tiene correspondencia de lugar, ya que el lugar es abstracto, Santa María la Antigua, el Monte Palatino, el Foro Romano, cualquier lugar donde pueda detenerse un instante de amor.

“¿Qué condición nos crea? ¿Cuál otra nos destruye? ¿A qué modo, a qué especie, a cuál regla habré de someterme? ¿A cuál si persigo todos los movimientos porque soy un instante que no logra fugarse de su medio?” (P. 105.)

Sergio Fernández en su novela logra fugar ese instante y proyectarlo a través de toda la novela a pesar de sí mismo.

Conclusiones

La novela de Sergio Fernández *Los peces* es una obra excepcional, como un acto del pensamiento formal y representativo de nuestro tiempo, novéla de estructura abierta, personalizada y constituida literariamente en una continuidad heterogénea de relaciones sexuales, de una mujer que sueña el amor de un instante, ya con su amante, ya con un sacerdote que vio una sola vez y del cual así como de otros muchos no sabemos el nombre o los que les correspondan, Gabriel o Antonio, uno y dos a la vez, sin saber cuál es el límite y cuál el antecedente, pero perfectamente balanceados en una liturgia estética en la que son como peces.

Esta novela no consta de partes, es una unidad en la cual sólo se puede hablar de movimientos y dimensiones literarios que Sergio Fernández ha realizado magistralmente.

Su obra cobra cuatro dimensiones, dimensiones ilimitadas que aspiran a la

continuidad, al acto que no termina nunca, una novela que no tiene fin, es el retrato de un instante; refiriéndonos a la anécdota, ésta es simplemente un pretexto para crear un ambiente confesional de culpa (fornicar con un sacerdote) y es el erotismo de las relaciones amorosas.

Piscis.m. el duodécimo signo del zodiaco, sexto de los australes, que corresponde al mes de febrero. Exprésase por los astrónomos con éste

, por los pintores con la figura de dos peces, atado el uno al otro. Entra el sol en este signo, según reglas astronómicas cerca del 18 de febrero.

Piscis, signum coelestia dictum.

Realización del mito

El epígrafe expresado en un pasado que agobia y se prolonga al presente es manifestado en una prosa maravillosa, no poética, aunque a veces alcanza los límites de la poesía, sí expresada en toda clase de imágenes metafóricas, asociación de ideas, alucinaciones históricas, etcétera, expresadas en todo lo que se ve, se mira, se toca, se huele; manifestando aquí nuestra observación de que, en este caso no se trata de "pobreza". La ausencia de sensaciones auditivas es para lograr con mayor maestría la imagen alrededor de la cual nacen las demás: los peces, en su mundo, parece ser que en el ambiente submarino no existen muchos sonidos, el movimiento bajo el agua es rápido y preciso, pero visto desde fuera parece lento y parsimonioso, los peces son seres acuáticos vertebrados, de respiración branquial, sangre roja y de gestación ovípara. Su cuerpo es generalmente fusiforme, algo comprimido y cubierto de escamas, a él se une la cabeza sin cuello y nadan mediante aletas de diversos tipos; así los personajes, pensamientos encuentran ubicuidad en la realidad y en el tiempo; y el tiempo esta vez se convierte en la significación total de la novela, esto se explica por la "sambullida" subjetiva de los hechos reales de la novela vinculada con la historia.

Se ignora la longevidad de los peces pero la novela de Sergio Fernández está construida con verbos en tiempo presente, y ¿acaso no vivimos actualmente bajo la era de Piscis?

La serpiente muerde la cola, los peces-amantes son convertidos en peces, pececillos; son también los espermatozoides producto del clímax de una cópula, razón y finalidad de la misma, así los amantes ¿sólo buscan la satisfacción de un instinto?, ¿como peces?

El epígrafe se encierra en sí mismo. Logrado y cerrado también en el título; el mito acuático encuentra su expresión estética "en peces transformó simples amantes" no Sor Juana sino Sergio Fernández.